

## La mudez, el sonido de la violencia

Gabriela Grinbaum

“Siempre sentí que cuando uno cuenta una historia está ejerciendo cierta violencia  
contra la realidad y los personajes”  
Win Wenders

La violencia no me es ajena.  
Me suena.

En mis primeros tiempos de mi práctica con niños en el hospital me conmovían en especial los casos de violencia. Recuerdo en particular una niña que me mostraba sus piernas lastimadas por los golpes del padre.  
Llevo al análisis el sueño donde adopto a esa niña. Estaba sorprendida, ese sueño que se repetía casi sin variaciones a pesar de mi falta de deseo de ser madre.  
Aun hoy puedo recordar a esa niña.  
La trataba con extrema dulzura intentando reparar la violencia del padre.

Las asociaciones respecto al sueño me llevan una vez más al siguiente recuerdo:  
Desde que empecé a caminar, me pasaba absolutamente todas las noches a la cama de mis padres.  
No dormir y no dejar dormir al otro era mi síntoma en la infancia.  
En uno de esos cotidianos desvelos interrumpo lo que con Freud aprendimos a nombrar: la escena primaria.  
Los golpes que recibo de mi padre, “irreconociblemente violento” puso fin a mis paseos nocturnos.  
La intervención de la analista al finalizar el relato fue: “Veo que su padre, funcionó”.  
Porque efectivamente no me metí más en la cama con ellos.  
Intervención que torció lo que venía del lado de la violencia del padre a una nueva versión: el padre eficaz.  
En mis tres análisis relaté ésta, la escena que marcó el traumatismo.  
El agujero de quedar por fuera del goce de los padres.

El silencio del padre:  
Un padre silencioso al extremo. Mudo en la mesa familiar. Nada de dar explicaciones, nada de negociaciones. Nada de amistad entre el padre y el hijo, tal como vemos en la clínica contemporánea en los niños.  
Una mirada era suficiente para saber si eso estaba bien o estaba todo mal.  
Caprichos, berrinches, demandas eran impensables en mi niñez.  
Sin embargo, la violencia no me es ajena.  
La queja de mi madre sí era la violencia de mi padre.  
La violencia por su desamor, por su no respeto, por su descuido, pero por sobre todas las cosas la violencia por su mudez.  
¿Qué los mantenía unidos aún así? Era mi pregunta.  
La respuesta me llegó muy tempranamente.  
El sexo.  
Eso lo arreglaba todo.

Fue lo que me figuré en el segundo tiempo al volver a interrumpirlos teniendo ya 9 años.

El segundo tiempo del trauma tal como Freud lo ubica en el caso Ema al volver a la pastelería a repetir el atentado.

Los problemas de las parejas se reparan en la cama.

Frase que repetí infinidad de veces con mi tercer y último analista. Frase que le daba mucha gracia.

Poco tiempo antes de hacer el pase llevo a control el caso de una paciente que se quejaba de la violencia que se ejercía con su pareja con la que más allá de esos momentos todo marchaba más que bien. No hablaré del caso pero al finalizar el encuentro un poco en el pasillo me dice la analista al respecto: "si luego de eso terminan en un buen polvo..."

La intervención del control sumado a mi saldo de saber, "los problemas de las parejas se reparan en la cama", redoblaban la solución encontrada.

Y la mudez era la violencia:

Una mudez calculada, un silencio sostenido en una decisión.

Su madre, mi abuela paterna a la que mi padre citaba cada vez con una veneración que mi madre odiaba y que al oído ella me decía irónicamente en busca de complicidad, "Simone de Beauvoir". También yo encontraba en esas frases de mi abuela un saber a atesorar. Pero esta era fatal: "La vaca tiene lengua larga y no sabe hablar, el hombre tiene lengua corta y no debería hablar". Así me respondía mi padre cuando en ciertas ocasiones intentaba expresar su pensamiento.

Quiero abordar ahora, a partir de esta presentación aquello que puedo ubicar hoy como los fundamentos neuróticos de mi deseo de analista y sus virajes hasta el final.

El primer llamado que recibí para pedirme un horario.

No tenía consultorio todavía.

Hacía muy poco había vuelto de París.

Hacía algo más de dos meses que estaba en el Servicio de Infante juvenil del Ameghino.

El llamado no fue para mí.

Él quería un turno con la Lic Paula Lane, había llamado a la Revista Playboy y le habían pasado el teléfono.

Paula Lane, era yo.

Con mi amiga Deby veníamos trabajando para la Editorial Perfil y para la Revista Playboy. Notas que firmábamos con seudónimo. Notas de Psicoanálisis o para ser más exacta, confeccionábamos los test psi del semanario. "¿Es ud un obsesivo, un histérico o un fóbico?" Y otras, que prefiero censurar.

Aclaro que a pesar del nombre falso con el que aparecíamos en las notas, estaban nuestras fotos.

Resulta que este hombre se tomó el trabajo de llamar a la editorial para contactarse con la Licenciada que seguramente tenía un supuesto saber sobre la sexualidad y sin prejuicios. Así o algo así fue lo que me dijo en la primera cita.

En 24 hs había armado el consultorio, por supuesto con la emocionada ayuda de mi padre. Mi madre en cambio me recordó lo que desde muy pequeña advertía.

“Puede ser un degenerado” esa palabra tan familiar en mi infancia que mi madre pronunciaba cada vez “el degenerado”, volvió a la mesa familiar. A mi no me importaba en lo mas mínimo, además ya hacia rato que no vivía con ellos. De chica nada me interesaba más que encontrarme con el “degenerado” y como no me lo encontraba, me lo procuraba. Pero eso será para otra vez.

La cuestión que ese fue mi primer paciente.

Puedo recordar perfectamente el goce que me imprimía el cuerpo al quedar ubicada en esa primera experiencia en la práctica como aquella que detenta el saber sobre la sexualidad en los hombres.

Actuaba, como siempre, pero esta vez del Dr. Freud con el hombre de las ratas .

“¿Por qué me hablás de tu sexualidad?” le pregunté en esa primera entrevista. Y al modo de Pablo Lorenz me responde que suponía que ese era un tema que interesaba a una analista.

Y agrega que para él era condición que fuese una mujer.

No le dije como relató nuestro colega Di Ciaccia en un congreso cuando una mujer le dice que se quiere analizar con un hombre y él con su prominente barba le contesta “Y Ud, cómo sabe que soy un hombre?”. No, no lo hice, en cambio, salí casi corriendo a controlar con Chamorro que me preguntó: “¿dónde está la castración del sujeto?”. Controlaba cada entrevista. Tomaba nota de todo obsesivamente.

Este hombre me hablaba de su dificultad para levantarse a una mujer y que al no tener la posibilidad de comprar un buen auto, ese era un impedimento.

“Ahí está la castración”, me dijo Chamorro y agregó: “que no levante a una mujer, que la seduzca”. Me pareció tan genial esa sugerencia de intervención que me lancé a decírsela. A él no le pareció tan genial. Me dijo: “es lo mismo, no puedo”.

Estaba totalmente empeñada en encontrarle pareja a este hombre. (será por ahí que estoy en las Jornadas de “Solos y solas”).

Miller en *De mujeres y semblantes*, dice que a veces las mujeres necesitan de un análisis para enterarse del saber que se les supone.

No era mi caso, al contrario, supe desde siempre, desde muy pequeña gracias a mi madre que yo encarnaba la suposición de saber sobre el lazo entre un hombre y una mujer.

Les recuerdo mi construcción: la interrupción de la escena primaria, la visión de quedar por fuera del goce del Otro, el enojo violento de mi padre fue la escena traumática, la fijación de goce, el puntapié al fantasma que vino a recubrir ese punto, y el síntoma en su satisfacción singular, la reparación.

En mi segundo testimonio durante las Jornadas anuales, me referí a la interpretación del analista que ubica el goce de ser la Otra, la Otra de las mujeres, la que detenta el saber sobre los hombres, sobre el lazo de un hombre con una mujer.

Y señalé en esa ocasión que ese fue un punto de obstáculo en mi práctica ya que allí no cesaba de filtrarse ese saber posible a transmitir a las analizantes mujeres intentando reparar su falta, en especial respecto a la falta de pareja.

La separación entre mi segunda analista, mujer y el analista con quien controlaba se produce, a pesar de mis delirantes intentos por impedirlo. Hace carne la no relación sexual al tiempo que se produce un acontecimiento en el cuerpo. Esa separación de lo que venía al lugar de la pareja parental hace vacilar el fantasma que recién queda deslibidinizado al final del análisis dejando como saldo un resto.

Algo más de veinte años después de este primer capítulo en mi práctica del psicoanálisis, digo, del análisis del lector de Playboy, viene la interpretación del analista: "Ud. Es el agente de la reparación". Lo recuerdan....

¿Qué cambió?

Llego al primer encuentro con mi segunda pasadora, entro hablando por mi celular. Le hago un gesto que me banque...corto...me disculpo y le explico: "es que se acaba de separar una re amiga y estoy tratando de ver cómo hacer para que se arreglen..."

Hoy me río de mi modo de presentarme ante mi pasadora. En acto mostrándole mi incurable.

Cuando fui nominada, ella me mostró una carta de Freud a Fliess de 1893.

Dice Freud: "Cada vez que tomo a un nuevo paciente para una "reparación general" ... y sigue la cita.

No me dirigí al análisis por una dificultad en el plano amoroso, no me dirigí al analista con la queja "No hay hombres", no me dirigí al analista para desembarazarme de un síntoma conversivo ni por inhibición ni angustia ni siquiera había en mi algún antecedente de devastación por la pérdida de un objeto amado. Me dirigí al analista a la búsqueda de un ser, de un saber sobre el ser mujer. Ser mujer me embrollaba en el punto en el cual sabía más que nada que la respuesta no estaba ni en el plano del amor ni en la maternidad ni en el tener en tanto velo de la falta, mucho menos en los semblantes universales de lo femenino. Los postizos no me interesaban para nada, más bien los rechazaba. Era evidente que mi posición no venía del lado del tener. Mi pregunta circulaba en torno al ser de las mujeres. No había Otra a quien dirigirme. Y solo las mujeres homosexuales cobraban un misterio que me seducía.

La suposición de saber sobre lo femenino que marca la elección de la analista, marca la entrada en la transferencia, condición indispensable para comenzar ese análisis.

Mi tercer análisis se inicia a la búsqueda de una voz que me había ensordecido y que había quedado congelada a la espera. Dos décadas después me dirigí a él y con ese analista llegué al final.

Una voz que vela la nada:

El brillo de mi ronquera era mi rasgo de lo bello que me aseguraba despertar a mi padre. Fue también lo que me empujó a la identificación con una mujer, a pesar del desprecio que desde muy temprano tenía por los semblantes universales de lo femenino. Una actriz que mi padre adoraba, la Borges, él decía que yo hablaba idéntico a ella.

Al toparme brutalmente con su fatídica frase "Me preocupa que no te da la voz" y el desencadenamiento de la disfonía que condujo a la primera gran vacilación de mi

vocación actoral hizo perder el agalma que poseía. El análisis recupera el objeto con la interpretación: “Veo que la voz de tu padre te dejó sin voz”.

Mi voz no era tan solo para despertar al padre, no era tan solo para animar la fiesta, no era tan solo para desplegar lo bello de la ronquera, era también la que lo hacía hablar al padre silencioso. Tarea que solo yo sabía hacer. “Tu padre es mudo” era la queja permanente de mi madre. “Tu padre es mudo” era la respuesta frente a mi angustia inquietante “¿que le pasa a papá? ¿Qué le pasa?”

El silencio era el nombre de lo mortífero. Era el nombre de la violencia.

Lo insoportable, señal que la cosa no andaba nada bien.

Porque mi padre, en ciertas escenas, desplegaba con un histrionismo que encantaba al auditorio sus culturales saberes.

La mudez la reservaba para la casa, las cenas, los domingos en familia.

Hasta que por arte magia yo lo hacía hablar. Y me aliviaba.

El horror al silencio me llevó a hablar demasiado, a contar cosas de las que luego me arrepentía, a sudar hasta quedarme sin voz para animar la fiesta.

Durante mi adolescencia había puesto una pequeña empresa de animación de fiestas infantiles que me daban un goce que exhibía a gritos.

El silencio sepulcral del analista al que consulté a los 17 años luego del doloroso episodio al que me referí en el primer testimonio, me llevó a abandonar ese primer intento de análisis.

No me llevaba nada bien con el silencio.

Y entonces colmaba y me calmaba la angustia contando siempre algo más y algo de más.

Por eso era una experta, como dije ya, en los casos de sujetos que no hablan fácilmente en los análisis lo que nombré como “Hago hablar hasta a las piedras”, donde el analista intervino, “hace hablar a las piedras, es su rasgo”, y me despidió muy sonrientemente.

Hice de eso entonces un rasgo en mi clínica sin que fuese un esfuerzo extenuante.

Y me encantaba repetir la frase de Lacan en las conferencias americanas: “A menudo el analista cree que la piedra filosofal de su oficio consiste en callarse”.

Sin embargo el silencio aún y hasta casi hacia el final del análisis seguía, tenía el tono de incomodidad.

Y comencé a leer los trabajos que hablaban del silencio del analista, de la función del silencio del analista.

Y se esclareció la diferencia entre la mudez y el silencio.

La mudez que corre el riesgo de expulsar al analizante y la función del silencio que empuja al “diga más”.

La voz, uno de los objetos de la pulsión, objeto a, ¿qué destino al final del análisis?

No tenía la menor idea que estaba transitando los últimos encuentros.

No estaba en mis pensamientos que se precipitaba el final.

¡qué más había por decir! Ya les dije, siempre había una de más.

Hacía no demasiado tiempo una pregunta irrumpió mi decir...blablabla...” ¿Qué está buscando?” muy fuerte, casi un grito. Me silenció...

Me angustió... me calló...a mí... Que eso parecía difícil...

Un silencio, creo el primero. El primero sin intentar llenarlo con la voz ronca, con artilugios para despertar al otro. No era el silencio mortificante del padre.

Siguieron algunas, no muchas, dos, tres, sesiones silenciosas.

Un silencio nuevo, ¿violento? Seguro que no, ¿pacificante? No del todo.

¿Placentero? Un poco...inquietante tal vez, quizá una mezcla de todo eso.

Busco terminar el análisis. Fue lo que rompió mi silencio.  
Desde hacía un rato algo distinto estaba ocurriendo a la salida de cada sesión.  
No me daba una nueva cita. Era yo quien le preguntaba, ¿cuándo vuelvo?  
Lo femenino asoma cuando dejo de ser la voz para el padre.  
Una voz que se silencia. Un silencio que no es violencia, un silencio que no es mudo.